

Paul Lafargue
El derecho a la pereza
 Madrid : Fundamentos, 2004

¡Abajo el trabajo!

Olvidado el carácter de maldición divina (“ganarás el pan con el sudor de tu frente”) y hasta el propio origen etimológico del término (*tripalium*, instrumento de tortura antiguo), esta actividad humana goza de un enorme prestigio, ya se sabe como cantaba aquél que “el trabajo nace con la persona” (o dada la vuelta ya lo había proclamado el viejo Engels, “el papel del trabajo en la transformación del mono en hombre”). Sin olvidarse de aquel, entre cínico e insultante, *Arbeir macht frei* que adornaba la puerta del infierno llamado Auschwitz. De su contraria (de la inactividad, del *otium*, opuesto al *nec otium*) qué vamos a decir, “no hay nada más atroz que una vida ociosa. Nadie tiene derecho a ello. En la civilización, no hay lugar para los ociosos”, afirmaba sin rubor Henry Ford, y por la misma senda han transitado todos los directores espirituales que en el mundo han sido, son y serán... ya se sabe el ocio, *il dolce far niente*, no es más que el terreno abonado para la tentación, y de ahí se desemboca sin remedio en tocamientos, y...luego vienen la ceguera, la calvicie y las desviaciones de columna, y...todos los declives.

Contra, el trabajo, esta actividad “dañina y funesta” de la que hablase el joven Marx, en sus *Manuscritos de 1844*, surgida en lucha contra la escasez y la falta, el “criollo” Paul Lafargue, nacido el 15 de enero de 1842 en Santiago de Cuba, descendiente de esclavos negros y de colonos españoles, va a escribir, apareciendo por entregas en 1880 en el semanario *L'Egalité*, un célebre panfleto, a contracorriente de los valores habituales en el seno del movimiento obrero, en lucha contra quienes reclamaban el “derecho al trabajo”, en especial Louis Blanc, y proponiendo el “derecho a la pereza”, la cual es un “ejercicio benefactor para el organismo humano”. El libro es una llamada al disfrute de la vida, denunciando la “religión del capital”, y es también un ataque cerrado a quienes glorifican el trabajo como valor individual y social; en su furia crítica llega a avergonzarse del proletariado francés, a quienes en tono de chanza les dice: “trabajad, trabajad proletarios, para agrandar la fortuna social y vuestras miserias individuales, trabajad, trabajad, para que, convirtiéndoos en más pobres, tengáis más razones para trabajar y ser miserables”, pues ésta es la lógica inexorable del capital.

Tal liberación del trabajo asalariado, “el peor de las esclavitudes”, reposará según su obra en el desarrollo de las máquinas que librarán a los obreros de sus esfuerzos y les permitirá dedicarse con más intensidad al disfrute de los diferentes placeres. Del *homo faber* al *homo ludens*, ahí reside la eutopía lafarguiana. No muy lejos de aquellos cambios de actividad, a lo largo del día, que auguraba su suegro al comienzo de “La ideología alemana”.



Si tal era la esperanza inminente del miembro de la Internacional, y fundador del Partido Obrero francés, teniendo en cuenta el estado de las fuerzas productivas en aquellos años, qué se podría decir en estos nuestros tiempos tras la tercera revolución informática y la creciente utilización de la robótica en las cadenas productivas; sin embargo, desde entonces el rumbo tomado por el trabajo ha sido introducir relojes y controles en las fábricas y en otros centros de trabajo (fordismo y tailorismo como guías) y ahora que “la venta de la mercancía-fuerza de trabajo en el siglo XXI tiene menos éxito —y sentido— que la venta de diligencias en el XX” —que señala el grupo *Krisis* en su “Manifiesto contra el trabajo”— la religión del trabajo sigue teniendo sus encendidos predicadores pero es que la máquina social ha de funcionar y para ello el trabajo —como mecanismo de biopoder— es un buen sistema, y...si los augurios de Lafargue no se han cumplido, quizá haya que buscar la razón en la propiedad (“ésta es el robo” según afirmase Proudhon) y la capitalización del tiempo de trabajo, la esencia del principio de la acumulación capitalista. Oposición entre Cronos (tiempo del trabajo) y Aion (tiempo del deseo) de la que hablasen Félix Guattari y Gilles Deleuze. Inaki Urdanibia